

ENFERMEDAD MENTAL, ETNOGRAFÍA Y ESPONDILITIS ANQUILOSANTE

Carlos Uriel Del Carpio Penagos
Cuerpo Académico Patrimonio Sociocultural
CESMECA-UNICACH

INTRODUCCIÓN

En febrero y marzo de 1990, durante la celebración del carnaval en el pueblo de Tila, Chiapas, viví una de las experiencias más fascinantes de mi vida como antropólogo, que al mismo tiempo marca el inicio de una enfermedad, lenta pero segura, que está destruyendo mi organismo desde entonces.

En este ensayo trataré de presentar ordenadamente algunos acontecimientos de mi vida profesional relacionados con la manifestación de la *espondilitis anquilosante* (EA). Se trata de una enfermedad inflamatoria crónica de causa desconocida; las palabras “espondilitis” y “anquilosante” hacen referencia a un proceso de fusión vertebral ya que *spondylos* significa vértebra y *ankylos* hace referencia a anquilosar. Por tanto indica que se trata de una patología de las vértebras, que afecta al esqueleto axial pero que incluye también las articulaciones periféricas como cadera, rodillas, mandíbula, tórax, o incluso manifestaciones que van más allá de las articulaciones, como problemas aórticos y oculares (enrojecimiento de la retina y visión borrosa). Los síntomas, su manifestación y su intensidad son diferentes en cada paciente.

En mi caso su aparición estuvo precedida de diversos acontecimientos que afectaron profundamente mi mente, conformando una situación de esquizofrenia, enfermedad que se define como un trastorno fundamental de la personalidad, una distorsión del pensamiento. Un esquizofrénico tiene frecuentemente la convicción de estar controlado por fuerzas extrañas, sobrenaturales; posee ideas delirantes que pueden ser extravagantes, con alteración de la percepción. Un psiquiatra ortodoxo con seguridad rechazaría aceptar que se trató de una esquizofrenia ya que tal enfermedad parece no tener un punto de regreso, por lo que hoy día debería yo estar recluido en un sanatorio para enfermos mentales y no felizmente casado y con una relativamente exitosa carrera profesional. Sin embargo, durante la peor etapa de mi enfermedad mi pensamiento estaba trastornado y tenía la fuerte convicción de que fuerzas malignas me controlaban y me pedían matar a mi hija, además de que veía yo fantasmas que iban de un lado a otro de mi casa y escuchaba voces que me hablaban al oído.

En este documento señalo algunos de los acontecimientos que constituyeron dicho cuadro, estableciendo una secuencia temporal entre ellos y sugiriendo una relación causal entre los mismos y la espondilitis, aunque no necesariamente exista dicha relación causal, ya puede tratarse de una característica que acompaña a la expresión física de la enfermedad, pero no determina en ningún modo su aparición.

EL CARNAVAL DE TILA

A fines de febrero de 1990 fui comisionado por el Instituto Chiapaneco de Cultura (ICHC); institución en la que laboraba, al pueblo de Tila, Chiapas, para realizar un registro etnográfico de la celebración del carnaval¹. En ese año el gobierno del estado, que encabezaba el licenciado Patrocinio González Garrido, a través del ICHC, cuyo director era el colega antropólogo Andrés Fábregas Puig, apoyó financieramente al sistema de cargos de Tila para que pusiera en escena el carnaval, una celebración que desde hacía varios años no se realizaba de la forma tradicional, debido a los altos costos que demanda su organización y ejecución. Dicho evento lleva alrededor de dos semanas desde su preparación hasta la puesta en escena, tiempo durante el que los participantes están dedicados de tiempo completo a él.

Las actividades rituales son variadas y van desde visitas a cuevas, ceremonias en la iglesia, elaboración de toritos de petate (*pojɔ wacash*), rezos en casas particulares, comidas, e ingestión de aguardiente. El momento culminante de la festividad son los tres días de combates entre toros y tigres.

Llegué a la cabecera municipal de Tila e inmediatamente me puse en contacto con las autoridades religiosas tradicionales, encabezadas por el sacristán de la iglesia principal del pueblo, que no es otra que el santuario del Señor de Tila, un cristo de Esquipulas a quien se le atribuye ser muy milagroso, atrayendo a miles de peregrinos de los estados del sur del país.

Tila es un sitio de culto que por generaciones ha concentrado la devoción y las plegarias de cientos de miles de personas, muchas de las cuales llegan aquejadas de graves enfermedades y tienen en el Señor de Tila su última esperanza de salvación o por lo menos el último consuelo antes de expirar.

Ser párroco de esta iglesia es un premio para el sacerdote que lo consigue ya que los ingresos son cuantiosos; de la misma manera, el puesto de sacristán, ocupado por un indígena local, es de mucho prestigio entre la comunidad hablante de chol

¹ Este fue uno de los primeros trabajos que realicé en mi vida profesional, ya que había obtenido el título de Antropólogo Social dos meses antes.

por ser la persona que abre y cierra la iglesia y que puede tocar y manipular los objetos de culto de una imagen tan poderosa como el Señor de Tila. El sacristán, un anciano de avanzada edad pero aún en pleno de vigor físico y mental, me puso en contacto con los mayordomos de la fiesta, en quienes recaía la organización y ejecución de las actividades del carnaval.

Al día siguiente de mi llegada acompañé al grupo de mayordomos a uno de los cerros que rodean al pueblo para buscar la madera que se utilizaría en la elaboración de los toritos de petate. Buscaban varas largas y flexibles de *k'ansin*, con las que darían forma al cuerpo del torito. El mayordomo que encabezaba al grupo y en cuya casa se construirían algunos de los toros realizó unas plegarias y derramó un chorro de aguardiente a la tierra antes de empezar a cortar las varas. Me explicó que había que pedir permiso al “dueño del bosque” para poder llevarnos la madera sin sufrir percances. Siendo un etnógrafo novato ser testigo de esta ceremonia y su explicación me emocionó.

De regreso de la expedición guardé mi libreta de campo en el morral y me puse al hombro un tercio de varas e hice mi entrada al pueblo con ellas a cuestras, bajo la mirada incrédula de algunas personas que observaron nuestro regreso. Simplemente les parecía insólito que “el licenciado”, como me bautizaron a mi llegada, hiciera un trabajo habitualmente exclusivo de ellos, o probablemente ahora que lo pienso a la distancia de 20 años, probablemente lo insólito de mi conducta se debió a las implicaciones que la misma adquiriría en el ritual, de tal manera que en ese momento dejé de ser un simple observador foráneo y me convertí en un actor de primera fila del mismo.

Tila es un pueblo básicamente indígena aunque hay numerosas familias de mestizos que habitan principalmente en el centro del asentamiento. Alrededor del primer cuadro, donde se localiza la Iglesia, habita gente de habla chol, campesinos de origen mayance que, en Chiapas, son demográficamente mayoritarios en los municipios de Tila y Tumbalá, y los hay en menor número en Salto de Agua, Sabanilla, Palenque y Yajalón.²

Las varas fueron trasladadas a la casa del mayordomo que encabezó la búsqueda. Entre los hechos más significativos sobre la construcción de los toros, recuerdo cuando el individuo que entretejía las varas bajo la supervisión del propietario de la casa colocó el casi finalizado torito con la cara viendo hacia la puerta y la parte trasera dirigida al fondo de la casa. El propietario inmediatamente volteó el torito poniéndolo con la vista al fondo de la casa, acompañando su acción con palabras fuertes de regaño dirigidas a la persona que lo armaba. Entendí que en el fondo de la vivienda, en una

² Fuera de Chiapas, hay una numerosa comunidad chol en el municipio de Calakmul, Campeche, a donde emigraron a fines del siglo XX inducidos por la dotación de tierras ejidales en la selva campechana.

esquina, se agazapaban sus enemigos, que podrían así cogerlo fácilmente por la espalda. Además, la energía de la reacción del mayordomo fue un indicio de que estábamos realizando algo muy serio, que no admitía errores.

En un lapso intermedio entre la finalización de la manufactura de los toritos y la celebración de los combates contra los tigres, aproveché para hacer un recorrido por el país de los choles. Abordé un tren en Palenque con dirección al municipio Salto de Agua y posteriormente a Teapa. En esa población de Tabasco tomé un autobús hacia Tapijulapa, un pintoresco pueblo junto al río del mismo nombre, desde donde parten caminos que conducen a una serranía donde se localizan los municipios chiapanecos de Amatán y Sabanilla. Tanto la sierra ubicada en territorio chiapaneco como las estribaciones de ella ubicadas en territorio tabasqueño, constituyen un área interétnica habitada por choles, tzotziles y zoques, además de mestizos, quienes por años controlaron el poder político y económico de dichos municipios.

La localidad más importante de la serranía es Moyos, un pueblo fundado durante la Colonia que conserva una iglesia de la misma época y que ha sido desde entonces el centro político de una micro región indígena, en esos años aún completamente aislada de la red carretera estatal y nacional. Para la población indígena de la sierra colindante con Tabasco, aún hoy, Moyos es un centro religioso de primer orden, igual que Tila.

Para los mestizos fue primordialmente un centro de acumulación originaria de capital. Algunos de los comerciantes más prominentes de Tapijulapa pasaron 15 o 20 años de su vida en Moyos. Ponían una tienda y empezaban a vender productos de la sociedad industrial a los habitantes de las montañas: machetes, hachas, cuchillos, molinos de mano, lazos, clavos, alambres, radios, pilas, galletas, refrescos, telas. Pero principalmente aguardiente, que daban a precios altos, a cambio de maíz, frijol, café, tabaco, que pagaban a precios irrisorios y que vendían después a precios elevados en época de escasez.

Llegué a Tapijulapa después del medio día e inmediatamente inicié mi búsqueda para trasladarme a Sabanilla a través de las montañas. Alguien me informó sobre una tienda en la que se daban cita los serranos que bajaban a Tapijulapa o a Villahermosa. Efectivamente, allí encontré a un grupo de tzotziles que vivían en *Nail lum*, en el camino a Moyos, ingiriendo aguardiente. Aceptaron llevarme con ellos si los esperaba mientras terminaban sus asuntos y se emborrachaban. Para ese momento me encontraba presa de una mezcla de ansiedad y temor, debido a que estaba por internarme en territorio desconocido y con unos tzotziles borrachos, que tienen fama de violentos y

sanguinarios cuando están tomados.³

En esto pensaba cuando se me acercó un individuo de edad mediana, un poco mayor que yo o de la misma edad probablemente, en compañía de su hija de aproximadamente 10 a 12 años, dijo ser hablante de chol. Me preguntó si me dirigía a Sabanilla; me dijo que para ir allá tenía que pasar por Moyos. El iba hasta Cristóbal Colón, al pie de una barranca caliza cuya altura había que remontar para llegar a Moyos, habitado por tzotziles y choles. Desde Moyos había un camino real a la cabecera municipal de Sabanilla. Me dijo que era arriesgado viajar con los tzotziles ya que estaban borrachos y por el camino podían asesinarme. Pienso que probablemente oyó algún comentario al respecto entre la conversación de los tzotziles y se apiadó de mí. Acabó de convenirme cuando me dijo que podía pasar la noche en su casa.

Emprendimos inmediatamente la marcha, pero se nos sumó un tzotzil de edad madura que también se encontraba en la tienda. Tomamos una camioneta hasta una localidad llamada La Raya, y desde allí iniciamos nuestro ascenso de la serranía. Yo traté de colocarme en la retaguardia de de la fila, pero el tzotzil se opuso firmemente, colocándose él en dicha posición. No estaba yo en condiciones de oponerme así que acepté ese orden pero la marcha la realicé bajo tensión constante, trayendo detrás a un tzotzil armado con un machete desenvainado. Delante marchaba el chol, luego su hija, después yo y por último el tzotzil. Reflexioné sobre la importancia de caminar apoyado en una vara o bastón muy fuerte, que pudiera servirme como arma defensiva tanto como ofensiva en un momento dado.

Caminamos alrededor de una hora ascendiendo a través de potreros hasta una bifurcación del camino donde el tzotzil se separó. Hasta el chol pareció descansar. Este hablaba español y volvía a Cristóbal Colón después de 5 años de estar trabajando de agente de tránsito en Villahermosa. En un pequeño manantial ubicado a orilla del camino tomamos pozol agrio con chiles verdes que traía en su morral. Llegamos a Cristóbal Colón cuando empezaba a anochecer.

Se dirigió a casa de su hermana, donde ella y su familia se alegraron mucho de tenerlo de visita. Los parientes inmediatamente mataron una gallina para preparar un delicioso caldo. Para los niños yo pasé a ser también “tío”, y se me acercaron con mucha confianza para abrazarme y dejarse abrazar y hurgar en mi morral. Saqué un

³ Recuerdo que cuando era niño, allá en el rancho que mis padres poseían en el municipio de Simojovel, los adultos nos asustaban diciendo “¡hay vienen los pableros!”, refiriéndose a los habitantes del pueblo tzotzil de San Pablo Chalchihuitán, que pasaban ocasionalmente por el camino cargando metates de piedra, que era la mercancía con que comerciaban. A todos causaba temor la larga fila de indígenas armados con machetes y escopetas de mecha.

cuaderno y me puse a enseñarles el abecedario, al final les dejé una libreta y un lápiz.

Después de la comida, que hicimos ya en plena noche, colgaron una hamaca para mí y caí inmediatamente en un profundo sueño debido al cansancio del viaje. En la madrugada empecé a soñar que llegaba a una fiesta en compañía de una novia de esos años. Pero allí en la fiesta se encontraba una amiga suya que me atraía sexualmente de manera muy fuerte. Con la rapidez propia de un sueño, momentos después de encontrarnos en la fiesta me disponía a fornicar con ella. Recuerdo que había una puerta y ella estaba adentro, donde se desarrollaba la fiesta, y yo afuera. Cuando la tomé entre mis brazos sufrí un sobresalto y el terror se apoderó de mí ya que se transformó en un diablo que intentaba penetrarme por las pantorrillas y las piernas, moviendo rítmica y violentamente la pelvis mientras yo traba de escapar.

Su abrazo fue escalofriante y desperté aterrado dando alaridos. Al abrir los ojos mi terror fue mayor aún, ya que contemplé una oscilante figura maligna formada por mi propia sombra que se proyectaba en el techo de zacate de la vivienda, producida por la luz de una vela que habían colocado a mi espalda mientras dormía. Para completar el ataque de horror, en el bosque cercano escuché claramente un grito lastimero. Me dije que probablemente se trataba de un cacomixtle, cuyo lamento nocturno conozco.

La familia dormía en el suelo dentro de la misma habitación, a un costado mío y desde allí provinieron unas interjecciones que sonaron como un regaño o palabras para correr a alguien. Calculé que serían las tres de la mañana porque desde ese momento ya no pude dormir, siendo presa de una gran ansiedad.

Al día siguiente, uno de los jóvenes de la familia me acompañó hasta la cabecera municipal de Sabanilla, pasando por Moyos. Recuerdo que traté de platicar con él sobre la pesadilla que me había asaltado durante la noche, pero no pudimos comunicarnos. Cuando llegamos a Sabanilla al medio día, él inmediatamente emprendió el regreso. Por la calle observé a numerosos indígenas durmiendo alcoholizados; mientras los pocos mestizos no contestaban a mi saludo pero me clavaban penetrantes y hostiles miradas. El único "hotel" del pueblo era un edificio de concreto ubicado en las afueras, en medio de un potrero. Era húmedo, sucio, sin baños ni luz eléctrica y sin puertas. Por la noche la oscuridad era impresionante.

La única ventaja de permanecer allí era estar a cubierto de la intemperie. No pude dormir ni un instante, en parte por el recuerdo de la pesadilla de la noche anterior y en parte por las condiciones del lugar donde me encontraba. Particularmente me aterraban las puertas y ventanas abiertas.

El único vehículo que servía de transporte a quienes quisieran salir de la localidad partía a las tres de la mañana del parque central. Esperé con desesperación la hora de abordarlo. El camión iba repleto, pero la compañía de más viajeros no calmó mi ansie-

dad, iban principalmente algunos profesores que se trasladaban a sus casas después de estar confinados en Sabanilla tres o cuatro días de la semana, en la escuela pública del lugar.

Durante el viaje no hablé con nadie y acentué en mi rostro una expresión feroz. Viajamos de pie. En varias ocasiones sentí que el sueño me vencía pero me sobrepuse. Fue una prueba muy dura porque tenía yo acumulados dos días de marcha y casi dos noches sin dormir. Emocionalmente estaba yo destrozado.

Cuando llegué a Tila de vuelta, alrededor de las 9 o 10 de la mañana y saludé a mis recientes amigos, y sobre todo, me tiré a dormir en mi cuarto en el hotel del pueblo, fue como llegar a casa. Sin embargo, apenas me dormí, sentí o soñé que mi exmujer, de quien me había separado tres años antes; en forma de una figura fantasmal y etérea se levantaba de mi cabecera y me cubría con una sábana blanca, como si yo fuera un cadáver. Después de descansar unas horas me incorporé de nuevo a las actividades rituales del carnaval pero con la cabeza saturada de imágenes y símbolos de la religión católica e indígena, donde los sueños no son solamente expresiones del inconsciente, sino que juegan un papel fundamental en la conducta social y en la vida de las personas.

En la noche del segundo día de combates entre tigres y toros, acompañé a un grupo de jóvenes tigres al *Joljá*, un arroyo de frías aguas que pasa junto a la población, para que tomaran un baño ritual que los limpiaría de los espíritus que habían penetrado a su cuerpo durante el día. El *Joljá* se forma con los manantiales surgidos al pie de la montaña de San Antonio, donde fue hallado el cristo milagroso de Esquipulas que se venera en el santuario, y donde moran poderosos espíritus y personajes de la cosmogonía y religión de los choles, como los jaguares y las serpientes.

Recuerdo que alrededor de las diez u once de la noche de ese día, encontré a uno de mis principales informantes que se dirigía al *Joljá* en compañía de una tropa de jóvenes, no podría precisar cuántos. Al indicarle que los acompañaría trató de disuadirme diciéndome que era muy peligroso para mí acompañarlos ya que los espíritus que abandonaban los sudorosos cuerpos de los jóvenes con el baño se introducirían en mí por no ser parte del grupo, o mejor dicho, por no estar autorizado para estar allí. Recuerdo que dijo que si un niño pasara por allí en el momento en que ellos se bañan moriría de inmediato por acción de estas fuerzas sobrenaturales. Mi informante fue tajante en su predicción, me dijo “te vas a enfermar de *k’us pat*”, literalmente “dolor de espalda”. Por supuesto que yo no di crédito a sus palabras, además de que me pareció una oportunidad única para asistir a un rito secreto.

En el camino al *Joljá* mi informante y sus compañeros iban recogiendo hojas de *ch’itié* y con ellas hacían conjuros dirigidos a los caminos y a la montaña. Se me erizó la piel al sentir un viento frío que empezó a correr. Al llegar al río prendieron antorchas

para iluminarse porque la oscuridad era completa. Se formaron parejas para hacer la limpia, una persona permanece de pie y la otra se acuesta boca abajo. La que permanece de pie toma un manojito de hojas y con ellas invoca a los espíritus de los caminos y de los montes; se llena la boca con aguardiente y rocía con él el cuerpo del otro, formando una cruz con la brisa. Con las hojas de *ch'itié* talla los músculos del brazo izquierdo, estirándolo, y después talla la pierna y pie derecho, también estirándolos; hace lo mismo con brazo derecho y pierna y pie izquierdos. Posteriormente brinca 12 veces de izquierda a derecha y 12 veces de derecha a izquierda sobre la espalda del yaciente, quien al incorporarse recibe una nueva rociada de aguardiente, mientras invoca la protección del Dios Sol y de la montaña donde mora San Antonio, antes de introducirse a las frías aguas.

Las luces oscilantes de las antorchas, acompañadas del murmullo de los conjuros y el frenesí del momento debió parecer a los vecinos del lugar una escena aterradora, ya que empezaron a proferir amenazas y a arrojar piedras de manera furiosa. Eso me asustó aún más ya que sobre nosotros se desató una lluvia de pedradas y no había donde cubrirse. Esperaba sentir en cualquier momento un descalabro cuando un proyectil me golpeará en la cabeza.

Recuerdo que mi informante gritó con todas sus fuerzas “¡aquí está el licenciado!” para evitar que nos lapidaran. Al parecer esto surtió algún efecto ya que los proyectiles cesaron y pudimos regresar sin daño.

Pero las sorpresas no terminaron allí. Posteriormente, ya de regreso al pueblo, el grupo de jóvenes se tomó de las manos y dando gritos de guerra iniciaron un desfile por algunas calles llevando como trofeo una cornamenta bovina que arrebataron por la tarde a uno de los toros. Me invitaron a entrelazar con ellos mis manos. Íbamos de esta manera, sin yo entender de qué se trataba todo eso, cuando en una esquina aparecieron tres personas portando machetes desenvainados y reclamando con firmeza la devolución de la cornamenta. Me sobresaltó su determinación, que parecía dispuesta a llegar hasta el homicidio; mi presencia no los disuadió en lo más mínimo. Mis amigos no tuvieron más remedio que entregar los cuernos y contarme después que se trataba de un poderoso brujo residente en una localidad aledaña a la cabecera y que estaba participando en el carnaval con un grupo de personas de su pueblo.

PRIMERAS MANIFESTACIONES DE LA ESPONDILITIS

Una semana después de regresar de esta experiencia me encontraba comiendo un plato de arroz con frijoles en una fonda de San Cristóbal cuando de pronto sentí que un fuerte dolor se clavaba en la base de mi columna vertebral. El dolor era muy fuerte,

como el que provocan, trece años después lo supe, los cálculos biliares. Inmediatamente recordé el pronóstico de mi informante. Al consultar a un médico del Sanatorio Paredes de Tuxtla Gutiérrez me dijo “es el típico dolor de gato, hay que operar inmediatamente la vesícula”. Sin embargo, al practicarle un ultrasonido este no mostró la existencia de cálculos por lo que se descartó la cirugía. No obstante el dolor persistía.

Después fui sintiendo sensaciones desconocidas con mis piernas. Sentía que no existía conexión entre mi pierna derecha y la columna vertebral, justo en el punto donde sentía el dolor, era como si mi pierna flotara separada de mi cuerpo. Después cuando me sentaba empecé a sentir dolor en la unión del fémur con la pelvis. Los viajes en autobús o en automóvil se convirtieron en un tormento porque la pierna se me adormecía y me dolía la cintura. Un traumatólogo del Sanatorio Pérez Fernández me dijo que se trataba del nervio ciático, según él estaba oprimido por una vértebra, me diagnosticó “hernia discal”.

Por otra parte, las pesadillas con el demonio o seres malignos se hicieron recurrentes no habiendo noche que no me despertara dando alaridos. Recuerdo un sueño que tuve una noche que dormía en una casa indígena en Pantepec, Chiapas, en el curso de otra comisión. Esta vez me acompañaba el artista plástico Rafael Araujo, que en esa época se dedicaba a la fotografía pero era también el director de administración del ICHC. En el sueño me veía como un niño encerrado en una casa de tablas mal labradas que dejaban pasar rendijas de luz al interior. Alrededor de la casa extraños seres deformes danzaban y cantaban y con regularidad asomaban su mirada al interior para observar al niño que allí se encontraba, paralizado de miedo. Era yo mismo y mi hijo Juan Carlos al mismo tiempo, en una mutación instantánea. Rafael me despertó al escuchar el miedo que me aquejaba. También recuerdo otro sueño, esta vez en mi casa y durmiendo en compañía de mi madre y mis hermanos, en el que yo estaba dentro de una especie de tiovivo mientras el diablo lo hacía girar con fuerza mientras se reía. El terror se había instalado en mi mente y ya no dependía del aislamiento y la soledad en que tuviera que pasar la noche.

Aunado a esto aparecieron dolores muy intensos en el pecho, esto fue poco antes de trasladarme a Zamora, a donde en agosto de 1991 fui para estudiar una maestría en antropología en El Colegio de Michoacán. Allí, las pesadillas y los dolores se hicieron menos frecuentes, pero no desaparecieron del todo, además, siempre que tuve que dormir en casas en el campo, mi mente traía el recuerdo de la experiencia que tuve en

el país chol y esto era suficiente para no conciliar el sueño. Sentía que una presencia muy fuerte me observaba detenidamente y esto me obligaba a tener los ojos abiertos.

En 1995, antes de regresar a Chiapas me casé con mi esposa María Elena, con eso disminuyó la frecuencia de las pesadillas aunque no desaparecieron del todo⁴. En 1998, ya con mi hija Fernanda de un año, las pesadillas reaparecieron con intensidad renovada, llevándome esta vez al borde de la locura. Una tarde que regresé de la oficina cuando abracé a mi hija ésta me dio una bofetada en la cara y al instante mi mente empezó a incubar el deseo de acabar con la vida de mi pequeña bebé. A partir de este momento una obsesión se apoderó de mí: mientras la abrazaba, le daba de comer o jugaba con ella, pensaba de manera omnipresente en su muerte. Esta obsesión me impidió dormir los próximos tres años y aún, tener un momento de paz y tranquilidad. Empecé a desear también la muerte de mi madre y a tener ideas asesinas. Recordaba viejas ofensas e imaginaba desenlaces en los que mataba a mi ofensor. Cuando veía una película con escenas de muerte, entendía estas como mensajes relacionados a mi obsesión. Supongo que por el cansancio y la tensión empecé a ver fantasmas y sombras y a escuchar ruidos y voces que habitaban en mi casa.

Me acordé de películas como *El Resplandor*, particularmente de aquella escena donde un desfigurado Jack Nicholson perseguía hacha en mano a su familia en un nevado laberinto en un jardín en las montañas, en lo más crudo del invierno. También compré libros como *Antropología de la muerte*, de Vincent Louis Thomas; *El chamán de los cuatro vientos*, de Douglas Sharon, *El anticristo*, de Bernard McGinn y releí trabajos como *Los peligros del alma*, de Calixta Guiteras; *Cambios médicos y sociales en una comunidad maya tzeltal*, de Robert C. Harman, entre otros, tratando de entender racionalmente y en un contexto cultural lo que me pasaba.

Cabe señalar que esto sucedía al mismo tiempo que seguía yo siendo un esposo que veía por su familia y cuidaba de mi trabajo, mi desarrollo profesional y mi carrera académica. Fue una época en que me santiguaba al pasar frente a las iglesias y elevaba oraciones a Dios para que me perdonara e hiciera llegar la calma a mi atribulado cerebro.

En un momento de extrema debilidad física y mental, en enero del año 2000 empecé mis estudios de doctorado. Fui tenaz con mis estudios porque buscaba en ellos evadir a mi perseguidor o entenderlo. También fui con un psiquiatra, a quien le conté mis pesadillas y mi obsesión. Me dio un medicamento controlado (Haldol) que me hacía soñar y posteriormente yo tenía que contarle qué había soñado.

⁴ Mi esposa me contó que en el curso de una de esas pesadillas, en la que me debatía presa del pánico, al despertar ella debido a mis gritos, observó sobre mi pecho una especie de salamandra que despedía llamas, asustándose también ella.

Fui dos veces con él. Mientras le contaba me acordé de mi niñez en el rancho de mis padres en Simojovel. Ya desde entonces me despertaba dando gritos porque soñaba que el mundo, el globo terráqueo, era sostenido frágilmente por un hombre a quien se le escapaba por entre las manos, perdiéndose la tierra en el infinito del universo, que era como caer en una interminable sima. Otras veces soñaba que una multitud me perseguía con perros y antorchas mientras yo corría por un bosque en lo más negro de la oscuridad de la noche, hasta que llegaba a una pared infranqueable, donde me alcanzaban mis perseguidores y yo tenía que dar la vuelta para enfrentarlos, con el rostro aterrorizado y dando alaridos. Cuando era niño me despertaba llorando y mis padres tenían que adormecerme en sus brazos para que yo pudiera conciliar nuevamente el sueño.

En el rancho vivían por lo menos unas veinte familias de indígenas tzeltales, que eran peones acasillados de mi padre, quien se emborrachaba con ellos y participaba de sus fiestas y rituales. Mi padre tenía reputación de brujo y ser dueño de un fuerte nagual o animal compañero. Con frecuencia, en el curso de estas borracheras habían peleas violentas y no era extraño que muriera alguien por heridas de arma blanca o machete. Mi padre mantenía aterrados a sus hijos y esposa ya que al volver de sus correrías en el caserío de los tzeltales la emprendía contra nosotros. Borracho amenazaba a mi madre con el cuchillo de la cocina, mientras la golpeaba.

En una noche de terrible lucha interior uno de esos días tuve una idea liberadora, le ofrecí a aquella fuerza que me oprimía la mente, mi vida a cambio de la de mi hija. Le dije, “Si es necesario que alguien muera ese debo ser yo y no mi hija, que apenas comienza a vivir, toma mi vida si quieres pero no la de mi hija”. Esto me devolvió la calma emocional, al mismo tiempo que intensificó los dolores de mi espalda. Casi no podía moverme y cuando lo hacía era acompañado de terribles dolores en los huesos.

El dolor me mantenía cansado y entonces me acostaba pero no podía dormir, ya que al más mínimo movimiento muscular me dolían todos los huesos. Un prestigiado traumatólogo al que fui a consultar me dijo que mis huesos estaban sanos y robustos, que seguramente se trataba de estrés; otro médico y quiropráctico con mucha clientela, quería operarme dos vértebras cervicales porque decía que allí estaba la hernia que oprimía la médula espinal. Consideré los riesgos pero estaba dispuesto a correrlos con tal de aliviarme. Esa misma tarde fui a consultar a un famoso curandero de San Cristóbal, de quien me habían contado que hacía maravillas con personas aquejadas de dolor en la columna.

Tuve suerte de que me atendiera él y no uno de sus numerosos ayudantes. Me tendió en el piso de su consultorio y realizó algunos movimientos con sus manos sobre mi espalda y después me pasó un huevo por el cuerpo en el que vio que una fuerza muy

poderosa me tenía atrapado. No se si por sugestión o porque los estirones que me dio en los músculos de la espalda tuvieron eficacia, pero salí de allí sin huella de dolor y fui a trabajar a mi cabaña en la construcción de una cerca que desde hacía meses tenía inconclusa. El curandero no me sanó pero me hizo pensar que probablemente el dolor no fuera provocado por una hernia en las vértebras cervicales, por lo que era innecesario correr el riesgo de ser operado.

Empecé a usar bastón para caminar y a reducir mis actividades a lo imprescindible, mientras un rictus de dolor me marcaba la cara. Sin embargo no abandoné mis estudios de doctorado, recuerdo que uno de los profesores, en una evaluación de mi proyecto me reprobó aduciendo con rudeza que en el estado en que me encontraba no podría realizar trabajo de campo, haciendo inviable mi planteamiento.

Estuve a punto de ser corrido del programa y si me despedían de él también me despedían de la universidad ya que contaba yo con beca universitaria para cursar mis estudios. Eso probablemente me hubiera conducido al suicidio, ya que esta era una idea que había empezado a considerar para entonces, abatido por la intensidad del dolor que me aquejaba, la carencia de un diagnóstico sobre su origen y la terrible obsesión que ocupaba mi mente. Lo que me decían los médicos a los que consulté en esa época no hacía más que confirmar la causa sobrenatural de mi enfermedad y convencido de esto el 11 de septiembre de 2001, el día del ataque a las torres gemelas, le pedí a uno de mis hermanos que vivió un par de años en Catemaco, Veracruz, de donde regresó haciendo limpias y curaciones, que me acompañara a Tila y que hiciera unos rezos para ver si con eso me aliviaba.

Por el camino pasamos a la iglesia de Chilón a comprar unos litros de agua bendita y llegando a Tila asumió su papel de curandero haciendo oraciones en un cerro al que fuimos, después en la iglesia y por último, ya de regreso me obligó a bañarme en las frías aguas del *Joljá*, donde, según esta teoría, aquella noche de carnaval de Tila en 1990 uno o varios espíritus entraron en mi cuerpo. Esta curación no me quitó el dolor pero tuvo el efecto de hacer desaparecer las pesadillas y esto fue un gran logro ya que a partir de entonces, cuando el sueño me vencía mi mente descansaba.

Empecé entonces a pensar que se trataría de un cáncer, por lo que regresé con el traumatólogo nuevamente, quién me aseguró que si fuera un cáncer debería yo estar muerto o completamente acabado físicamente. Pero mi apariencia física seguía siendo robusta, fuerte, por lo que se descartaba un cáncer. Tuvo este médico el acierto de recomendar que un reumatólogo viera mis radiografías, señalándome a un conocido suyo, a quien fui a ver inmediatamente.

El reumatólogo, apenas vio las placas y la hinchazón de mis rodillas y pies, me dijo

sin dudarle, tienes una enfermedad que se llama espondilitis anquilosante. Tomó unas fotografías de las áreas inflamadas para mostrárselas a sus estudiantes en la escuela de medicina y me aplicó una inyección para calmar el dolor, recetándome también unas pastillas que contienen una sustancia antiinflamatoria, con lo cual desapareció el dolor y pude reanudar mi vida de manera bastante normal.

REFLEXIÓN

Hoy día, 20 años después de aquella experiencia, la espondilitis sigue allí pero está controlada mediante un medicamento biológico que me aplican en la sección de quimioterapia del Seguro Social cada seis semanas. Las pesadillas también se han reducido casi a cero pero ocasionalmente se presentan. Con el pasar de los años he desarrollado algunas estrategias para enfrentar lo que en ellas sucede. Descubrí que los insultos no alejan mi terror ni impiden que dé alaridos, pero sí funciona pensar en Dios, en Jesucristo. Un curandero de Jala, Nayarit, me dijo que para vencer a estos espíritus hay que reunir tres condiciones: 1) fe en Dios, 2) imaginación y 3) confianza en uno mismo. También me dijo que las luces blancas son espíritus buenos y cuando aparecen hay que fusionarse con ellas, aprovechando la fantástica capacidad que tienen en nuestros sueños las personas, objetos, animales o símbolos, de transformarse al instante en otra cosa, en mutar de forma, o en volar, atravesar paredes, volverse luz, y hacer así viajes oníricos fantásticos de los que se regresa siempre a salvo.

Estos viajes, cuando son frecuentes e incluso inducidos, proporcionan a la persona que los tiene un conocimiento muy grande del mundo metafísico, del mundo de los espíritus, así como de los hombres, lo que le permite sortear los más grandes peligros que puedan amenazar su alma mientras viaja en sueños, así como a su cuerpo físico. Aprende a manipular en su favor los espíritus para que le ayuden a sanar de las enfermedades a los que a él acuden, convirtiéndose así en curandero.

Desde una teoría nativa de las enfermedades, mi mal se originó porque mi alma, mientras vagaba en sueños fornicando, fue atrapada por un espíritu muy poderoso, un súcubo diría la teología cristiana, mientras que mi cuerpo fue “amarrado” por el ritual al que asistí en las montañas del norte de Chiapas. Desde entonces poderosos espíritus comedores de hombres me devoran en sus festines.

Para librarme completamente de estas fuerzas debo aceptar un puesto entre los curanderos, debo aceptar “una mesa” dicen ellos, lo cual me permitiría no sólo vencerlas, sino manipularlas a mi servicio.

Desde un punto de vista científico, el psiquiatra me hizo recordar que las pesadillas databan de mi niñez, obviamente provocadas por la brutalidad de mi padre, situación que se exacerbaba por el medio que me rodeaba en las montañas, donde los cuentos de los indios asesinos eran comunes entre los rancheros. Imágenes de descabezados, con el refuerzo de la gráfica del catolicismo, donde se ve a un hombre, Jesucristo, sangrante y rodeado de una multitud, algunos con lanzas y espadas, debieron poblar mi mente desde muy tierna edad.

La espondilitis anquilosante tiene un origen bastante confuso. Al llegar a la edad adulta algunos organismos, por razones desconocidas, empiezan a producir sustancias que desencadenan reacciones febriles sobre las articulaciones. La causa puede ser virus o bacterias. Yo pienso que habría que explorarse una probable relación entre la espondilitis, la profesión y la vida mental de los pacientes; situaciones como la que se describe, en las que circunstancias históricas, geográficas y sociales, así como la profesión, colocan al individuo en momentos límite. En dichos momentos el espacio, el tiempo, la cultura y el contexto situacional se conjugan, reordenando el pensamiento. En el caso que se describe esta conjugación no solamente tuvo efecto en la mente sino que dejó profunda huella física y dolorosas secuelas.

BIBLIOGRAFÍA

- Del Carpio Penagos, Carlos Uriel (1990), "Notas sobre los ch'oles y el carnaval de Tila", en: *Memorias del Primer Encuentro de Intelectuales Chiapas-Guatemala*, Gobierno del Estado de Chiapas, pp. 43-52
- Del Carpio Penagos, Carlos Uriel (1993), "La fiesta de Carnaval entre dos grupos indígenas de México", en *Anuario de Investigación y Cultura*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México: Instituto Chiapaneco de Cultura, Gobierno del Estado de Chiapas, pp. 104-116.
- Guiteras Holmes, Calixta (1965), *Los peligros del alma, visión del mundo de un tzotzil*, México: Fondo de Cultura Económica,
- Hartman, Robert C. (1974), *Cambios médicos y sociales en una comunidad maya tzotzil*, México: Instituto Nacional Indigenista,
- Hermitte, Esther (1970), "El concepto de anual entre los mayas de Pinola", en Norman A. McQuown y Julian Pitt-Rivers, *Ensayos de Antropología en la Zona Central de Chiapas*, México: Instituto Nacional Indigenista, pp. 371-390
- Esquizofrenia, <http://www.binasss.sa.cr/poblacion/esquizofrenia.html>, (consultado el 20/01/2007).
- Espondilitis anquilosante, Espondilitis. Net, http://es.geocities.com/espondilitis_a/ (consultado el 20/01/2007).
- McGinn, Bernard (1997), *El anticristo. Dos milenios de fascinación humana por el mal*, España: Paidós.

- Morales Bermudez, Jesús (1984), *On o t'ian. Narrativa indíeena chol*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Sharon, Douglas (1998), *El chamán de los cuatro vientos*, México: Siglo XXI.
- Vogt, Evon Z. (1966), “Los h'iloletic, organización y funciones del chamanismo en Zinacantán”, en Evon, Z. Vogt (editor), *Los zinacantecos, un pueblo tzotzil de los altos de Chiapas*, México: Instituto Nacional Indigenista-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, o (segunda reimpresión), pp. 113-128.